

# *Prieto, Unamuno y el espíritu liberal de Bilbao*

**Luis Sala González**

Doctor en Historia y periodista



**S**us vidas se cruzaron durante más de 20 años, entre 1916 y 1936. Se apreciaron en lo personal (conservamos numerosas cartas que así lo atestiguan) y coincidieron también en la aspiración política de hacer de la España de su época un país más justo, liberal y democrático. La dictadura de Primo de Rivera les unió en la lucha para acabar con la monarquía de Alfonso XIII y, paradójicamente, la Segunda República, que ambos contribuyeron en gran medida a traer, les separó a partir de 1933.

Indalecio Prieto (Oviedo, 1883) y Miguel de Unamuno (Bilbao, 1864) pertenecían a generaciones diferentes. Prieto llegó a Bilbao siendo un niño en enero de 1891 y, ese mismo año, Unamuno ocupó su cátedra de griego en Salamanca. El contacto personal y político entre ambos se estableció a partir de 1915, momento en el que Prieto adquirió protagonismo en la política local, como líder del socialismo vizcaíno, y ocupó sus primeros cargos públicos en la diputación provincial y en el Ayuntamiento de Bilbao.

Para entonces, la relación de Unamuno con los socialistas había atravesado varias etapas. Llegó a ingresar en el partido en el otoño de 1894 y colaboró en el semanario *La Lucha de Clases* que un

jovencísimo Prieto ayudaba a embalar y distribuir por las calles de Bilbao. Unamuno preconizaba un socialismo evolutivo y pacífico, sin revolución, nada ortodoxo desde el punto de vista marxista, que pronto le llevó por otros derroteros. De hecho, en 1897 se separó de la Agrupación Socialista de Bilbao y puso fin a lo que Gómez Molleda ha llamado la “etapa de imposible entendimiento de don Miguel con el partido”. En carta a su amigo Pedro Múgica, el profesor le confesaba:

*“Soy socialista convencido, pero amigo, los que aquí figuran como tales son intratables; fanáticos necios de Marx, ignorantes, ordenancistas, intolerables, llenos de prejuicios de origen burgués,*



*ciegos a las virtudes y servicios de la clase media, desconocedores del proceso evolutivo. En fin, que de todo tienen menos sentido social”.*

A partir de entonces, Unamuno practicó el socialismo por libre. Siguió colaborando en *La Lucha de Clases* y en los números extraordinarios que con motivo del Primero de Mayo preparaban *El Socialista* y *La Nueva Era*, pero limitó su relación al grupo de dirigentes del PSOE que aspiraba, sin éxito de momento, a abrir el partido a otras capas de la sociedad española. En 1908, Unamuno veía al partido socialista como “un movimiento cultural”, anticatólico y, en Bilbao –y por extensión en el País Vasco–, antinacionalista, pues el nacionalismo vasco (el ‘bizcarrismo’ como él lo llamaba) era a sus ojos “la unión de todos los esclavos, criados, parásitos, dependientes, servidores y aduladores, más o menos conscientes e inconscientes muchos, de los capitalistas frente al socialismo obrero”.

Unamuno entendía el socialismo como “un método para el gradual mejoramiento de las condiciones del trabajo humano, tendente a ponerle al hombre en condiciones de ahondar más y más en la cultura, en el conocimiento de la vida y del universo”. En el periodo 1915-1924, el ya exrector de Salamanca volvió a estar muy próximo a la segunda generación de líderes socialistas (Luis Araquistain, Julián Besteiro, Fernando de los Ríos y Andrés Saborit), en la que Indalecio Prieto ocupaba ya un lugar destacado.



Prieto se había afiliado al partido socialista a los 16 años, más “por sentimiento” que por “convicción teórica”. En 1904 fundó con su amigo Tomás Meabe las Juventudes Socialistas. Con el tiempo, dio la batalla interna a Facundo

Perezagua, el hombre que había dirigido el socialismo vizcaíno prácticamente desde sus orígenes, y a partir de 1914 sus tesis reformistas, afines al entendimiento con otras fuerzas democráticas, y especialmente con los republicanos, se impusieron en el partido, convirtiéndole en el líder indiscutido del socialismo vasco. En 1917, Pablo Iglesias, ‘el abuelo’ –probablemente el hombre al que más admiró y que vino a jugar en su vida el papel del padre que perdió de niño–, le reclamó para dirigir en Bilbao la huelga revolucionaria de agosto. Aquel encargo le llevó por primera vez al exilio para evitar la cárcel –conoció cuatro en su vida– y encarriló sus pasos de forma definitiva hacia la política, pues hasta esa fecha figuraba como gerente de una empresa de telecomunicaciones creada, entre otros, por sus amigos capitalistas Rufino Orbe y Horacio Echevarrieta.

Dentro del socialismo español anterior a la guerra civil, el “prietismo” representó una corriente caracterizada por su irreductible convicción democrática, apasionada defensa de la libertad, aliento regeneracionista, empuje para mejorar las condiciones de vida de la clase obrera y búsqueda de apoyos sociales más amplios que los de un sector de clase. Como ha escrito acertadamente Juan Pablo Fusi, el suyo “era un socialismo no doctrinal y humanitario, influenciado por Costa, Meabe y Jaurès, y más aún por el periodismo radical bilbaíno y madrileño. Socialismo liberal, impregnado de las tradiciones históricas de Bilbao, con las que Prieto se sintió profundamente identificado”. Y si alguien representaba en Bilbao esa tradición histórica era Miguel de Unamuno. “Nadie como usted –le escribe Prieto en 1918– hubiera podido simbolizar el tradicional espíritu liberal bilbaíno”.

Unamuno era, en efecto, un “niño de la guerra” en sentido estricto. Con diez años (desde los seis quedó huérfano de padre y se crio con su abuela materna) vivió el sitio que la capital vizcaína sufrió en 1874, durante la última guerra carlista. Este episodio es el eje central de su primera novela, *Paz en la guerra*, que publicó en 1897 y que se puede considerar con justicia “la novela de Bilbao”. Una y otra vez, Unamuno decía sentirse

“liberal por encima de todo”. Se proclamaba heredero del liberalismo bilbaíno, contexto donde nació su propia conciencia civil: “El liberalismo del glorioso siglo XIX era tradición en mi familia”, escribió al final de su vida. Las alusiones al espíritu liberal de Bilbao, a la festividad del Dos de Mayo –fecha en que el liberalismo local conmemoraba con una procesión cívica el final del asedio carlista a la ciudad–, y a la sociedad El Sitio –club político-social donde se reunían liberales de todas las tendencias y por cuya tribuna en la calle Bidebarrieta pasaron los principales oradores de España– aparecen repetidamente en la correspondencia que conocemos entre Unamuno y Prieto.



Cuando se acercaba la fecha del 2 de mayo, *El Liberal* de Bilbao, periódico que dirigía Indalecio Prieto, recurría de forma habitual a la publicación de pasajes de *Paz en la guerra*, *Recuerdos de niñez y de mocedad* y otras obras del primer Unamuno. Éste, por su parte, aprovechaba cualquier ocasión para recordar sus orígenes:

“Aunque todos los bilbaínos nos hagamos carlistas, Bilbao seguirá siendo liberal” –oí, siendo un mocito, hacia 1876 a un viejo tendero de las siete calles.

En definitiva, podemos decir que Indalecio Prieto hizo suyo el Bilbao de Unamuno. En realidad, la villa mercantil del XIX se parecía ya muy poco a la ciudad industrial, con sus barriadas miserables, en la que el político socialista trabó su vinculación emocional con el movimiento obrero. Pero conectar con el Bilbao sitiado por los carlistas le permitía relacionar el pasado con el presente, liberalismo con socialismo, y dotar de soporte ideológico a la conjunción de republicanos y socialistas que le llevó como diputado a las Cortes por primera vez en 1918 y sobre la que cimentó una sólida carrera política.

